MEMORIA DE UN CONFUSIONISMO

Es inevitable, en ocasiones, echar la vista atrás y hacer memoria de otras épocas, en concreto de cuando éramos jóvenes, pletóricos de idealismo; no era extraño entonces que debatiéramos largo y tendido en nuestros círculos, que nos apasionáramos y que esa pasión no nos permitiera ver con claridad algunos aspectos que nos rodeaban. Hoy en día, es un ejercicio *a toro pasado*, sin más consecuencias, pero no está de más que esos recuerdos afloren, para que otras distintas coyunturas no repitan en nosotros aquello de la *ardorosa ingenuidad* que dijo José Antonio.

Está escrito en los libros de historia y en los documentos oficiales que, en los años 40, se hablaba del *Partido* para referirse a *FET y de las JONS*; era un claro mimetismo de la noción de *partido único* de la Alemania Nacionalsocialista, de la Italia Fascista y de la Rusia Soviética. Claro que hay que tener en cuenta que José Antonio JAMÁS ESCRIBIÓ O HABLÓ DE UN *PARTIDO ÚNICO*, y sus planteamientos iban por otro lado. Con la derrota del "Eje" en la 2ª GM, se cambió la denominación por la de *Movimiento Nacional* y se abandonaron las formas anteriores en su mayoría; la Ley Orgánica del Estado ya abandonó, por ejemplo, las viejas siglas.

Ahora bien: resulta que había tres interpretaciones coexistentes de ese *Movimiento Nacional*: el "Movimiento-ideología", que eran los XII Puntos que sustituyeron a los 26 (en realidad, 27) de la Falange; el "Movimiento-comunión", que, según los textos, eran *todos los españoles*, y el "Movimiento-organización", que englobaba a todas las entidades de la Secretaría General, aquella que arrió las flechas de Alcalá 44 en 1977.

Los que entonces hacíamos nuestros pinitos en política -ingenuamente, como se ha dicho, y con ardor, también- sabíamos que formábamos parte de esa organización, pero nuestra visión era que *pertenecíamos a la Falange...* No es extraño que, a partir de la segunda mitad de los años 60, se popularizara entre nosotros el disruptivo grito de *"¡Falange sí! ¡Movimiento no!"*. Otros camaradas preferían sentirse a modo en el *Movimiento*, que ellos creían -honestamente muchos- que era un trasunto de la Falange para institucionalizar el Régimen. Quizás en aquellos momentos faltó diálogo y menos radicalismo, pero esas son reflexiones de quien ya no tiene apenas voz (y menos voto) en el terreno político.

Lo cierto es que, con la muerte del Caudillo, murió su Régimen, sin afán de continuidad alguna; fueron *hombres del Movimiento* quienes llevaron a cabo la Transición (tampoco desconfiemos de la buena intención de todos ellos); el *Movimiento-comunión* quedó en pura teoría ucrónica; el *Movimiento-ideología* fue barrido por las nuevas leyes (¿os acordáis de aquel *"de la ley a la ley"*?) y el *Movimiento-organización* se disolvió sin más, con escasas excepciones que engrosaron nuevas organizaciones bajo un orden constitucional distinto.

La Historia (con mayúscula) no se puede reescribir, fue lo que fue, con sus luces y sus sombras, sus aciertos humanos y sus errores, no menos humanos; también, por propia definición, es irrepetible y nunca vuelve atrás. Lo que permanece es el ser humano, también con sus claroscuros. Quizás lo importante sea el *ser consecuente* con uno mismo. Por ello, agradeciendo la cortesía de este boletín *LUCERO*, que me ha publicado esta retrospección personal, me reafirmo, ahora, en la España de 2022, que he sido, soy y seré falangista, entendida esta definición como joseantoniano. Sin confusionismos por mi parte.

LUIS MAGRIÑÁN LÓPEZ